## *EL MES DIPLOMATICO:* ¿CRISIS EN EL MUNDO SOVIETICO?

Aún no hace mucho tiempo que, en un mundo más feliz que el nuestro, un mundo que no había oído hablar del totalitarismo ni de la desintegración nuclear, el verano era un período de calma. Al llegar los días colurosos, los periódicos tenían que recurrir al viejo expediente de las "serpientes de mar" para poder rellenar sus páginas. Suspendido el período de sesiones de los Parlamentos, los políticos se marchaban de vacaciones. Hasta los simples ciudadanos pensaban con ilusión en una temporada de descanso. Con la llegada de la época estival, una calma general descendía sobre nuestro continente.

Pero, ¡ay!, todo esto ha pasado ya a la historia. Desde que se desencadenó la segunda guerra mundial—o, más exactamente, desde que Hitler subiera al Poder en 1933—, nadie ha vuelto ya a disfrutar de unas auténticas vacaciones. El verano es ahora una estación del año igual que las demás, en que las Cancillerías permanecen al acecho y los servicios públicos siguen en plena actividad. De todas las clases que integran la sociedad, acaso son los periodistas los únicos que sacan provecho de la nueva situación: ya no necesitan romperse la crisma para conseguir original para su periódico; es más: puede decirse que su problema es ahora el de podar aquello que es menos esencial dentro de la profusión de material que llega a sus manos.

También en este verano vemos cómo se precipitan los acontecimientos. Y es, una vez más, el mundo soviético el punto de donde proceden las informaciones más importantes: hombres poderosos se están tambaleando en los países satélites; la Alemania oriental contempla el ocaso de Hilde Benjamin, la mujer verdugo que ha venido administrando lo que en Pankov llaman "justicia": su inminente caída es el signo precursor de la crisis que aguarda a otros potentados; en Praga sigue pendiente la sucesión de Alexei Cepicka; en Varsovia, el poderoso Bermann se ve arrojado del Poder; en Budapest continúa, con sus altibajos, la agonía política de Matias Rakosi.

En los partidos comunistas de Occidente surge una crisis todavía más significativa, por lo insólito del fenómeno. Togliatti adopta una postura hostil a Jrushchov, con lo cual se encuentra por vez

primera—al menos en apariencia—en desacuerdo con Moscú. Esto es tanto más sorprendente cuanto que el jefe comunista italiano siempre había conseguido explicar y justificar, con una maestría inigualable, los contradictorios culebreos de la política del Kremlin. Y este cambio radical de actitud se produce precisamente a raíz de un viaje relámpago que hizo a Belgrado. A su vez, el partido comunista francés secunda brillantemente la postura del italiano. Por el contrario, el partido comunista de Holanda se separa violentamente de sus colegas de París y Roma. Vemos, pues, que la vieja armonía del mundo bolchevique de Occidente se rompe para dejar paso a una discordancia de opiniones contradictorias.

Por otra parte, y en el momento mismo en que se manifiestan estos signos de discordia, Tito, el comunista disidente por excelencia, se traslada a Moscú para celebrar solemnemente su acuerdo con los gerifaltes soviéticos y proclamar ante el mundo entero la unidad de criterio que une a Belgrado con Moscú. Esto, expresado en el estilo militar de Zhukov, significa que, en caso de guerra, rusos y servios marcharían del brazo. Resulta, pues, que cuando los ortodoxos de las horas difíciles—los Thorez y los Togliatti—parecen claudicar, el hereje de 1946 vuelve a entrar a tambor batiente en el redil.

Para remate, los últimos días de junio aparecen ensangrentados por el heroico y trágico levantamiento de la población de Posen contra sus opresores. Por vez primera desde los luctuosos sucesos acaecidos en Berlín en junio de 1953, un gobierno comunista se ve forzado a admitir el levantamiento espontáneo de todo un sector de la población. Este movimiento de las masas es tanto más significativo cuanto que se produce en una ciudad tradicionalmente alemana, pero cuya población polaca hace sólo diez años que se estableció allí tras la exterminación o la expulsión de sus primitivos habitantes. Se trata, pues, de una población nueva, mimada por los propios comunistas, que le habían otorgado todos los privilegios.

De todos estos hechos, así como de otras noticias innumerables de menor trascendencia, podemos, con todo fundamento, sacar la conclusión de que hay algo que no marcha bien en el mundo marxista-leninista. No hay duda de que muchos de estos fenómenos deben atribuirse a maniobras políticas. Pero si estudiamos de un modo objetivo el desarrollo de los acontecimientos, tenemos derecho a deducir que el espectáculo de que estamos siendo testigos rebasa los límites de una maniobra. Es imposible que todo esto sea el efecto de un designio y de un plan trazado de antemano.

Y comoquiera que todos los hechos que acontecen detrás del telón de acero—el telón físico y el moral—nos afectan en grado sumo, importa mucho estudiar objetivamente los fenómenos antes de sacar las pertinentes conclusiones políticas.

* * *

En todo estudio de esta índole siempre es útil volver sobre los antecedentes del problema. Sin duda, el lector asiduo de estas crónicas se sentirá bastante molesto por las repeticiones en que forzosamente tiene que incurrir su autor. Pero también es necesario insistir una y otra vez en la afirmación de ciertas verdades, que con demasiada frecuencia se olvidan y aun se menosprecian, cuando debieran ser el fundamento mismo de una política.

Desde el mismo día en que se implantó el comunismo en Rusia, el nuevo régimen tenía dos dogmas: la infalibilidad del partido y la revolución mundial. Para la realización de esta última podemos distinguir dos tácticas: la del leninismo, con su insistencia en la acción diplomática y económica y en los "frentes populares"; y la del stalinismo, basada en la fuerza del Ejército Rojo y en la acción directa.

Durante la segunda guerra mundial, los grandes éxitos obtenidos por los rusos—en Teherán, en Yalta, en Potsdam—se debían a la acción vigorosa, y hasta brutal, del stalinismo. Este método se adaptaba muy bien al tiempo de guerra. Pero, finalizada la contienda, su ulterior aplicación proporcionó a Rusia dolorosos reveses en Grecia, en Turquía, en Irán y, sobre todo, en Berlín. A su muerte, Stalin legó a la causa comunista una multitud de países conquistados. Pero también dejó al partido en una situación difícil; en la situación de una guerra fría, en cuyas trincheras Rusia se encontraba paralizada en todas partes, y que, al mismo tiempo, tenía forzosamente que enervar a cuantos permanecían fieles a la doctrina dinámica de la revolución mundial.

Por eso, después del año 1953, los sucesores del viejo tirano se vieron ante el problema de cómo salir del atolladero. Vieron claramente que sólo la vuelta al leninismo y a los "frentes populares" podría traer el deshielo a las posiciones congeladas, y, sobre todo, permitir a los partidos comunistas de los países democráticos salir del *ghetto* espiritual en que los habían recluído las brutalidades del stalinismo.

Y, así, los nuevos dirigentes empezaron por intentar el logro de su objetivo mediante un juego de malabarismo. Fué la primera

fase de la "coexistencia" y del "espíritu de Ginebra". Pero, aun cuando consiguieron indiscutibles éxitos psicológicos, muy pronto Jrushchov y Bulganin hubieron de convencerse de que esto solo no bastaba. Por de pronto no lograron sacar de su encierro a los partidos comunistas occidentales. Por tanto, era necesario hacer más, mucho más, que limitarse a ahogar en vodka a los políticos liberales.

Y aquí radica la utilidad de Tito. La U. R. S. S. tenía necesidad de un mediador. Para desempeñar este papel, Tito es el hombre ideal, puesto que se le respeta en ciertos círculos occidentales, y, al mismo tiempo, ha demostrado más de una vez su fidelidad a la doctrina de Marx y Lenin. El era el único en Europa—como Nehru lo era en la India—que podía arrancar a los partidos comunistas de su aislamiento y darles de nuevo esa falsa apariencia de respetabilidad de que habían gozado durante la segunda guerra mundial.

Sólo que... semejante maniobra es más fácil de concebir que de realizar. No olvidemos que la U. R. S. S. tiene dos dogmas, y que, por tanto, es preciso conciliar la revolución mundial con la infalibilidad del partido. Ahora bien: la nueva maniobra, necesaria para reparar los errores cometidos por el stalinismo entre los años 1946 y 1953, era de tal envergadura e implicaba un cambio tan radical con relación a cuanto se había afirmado en el pasado, que era muy de temer que hasta entre los elementos fieles surgirían dudas respecto a la infalibilidad del partido. Y es que un cambio tan profundo necesariamente presupone que el anterior modo de proceder—al menos el de los últimos tiempos de Stalin—era falso.

Esta es, a nuestro juicio, una de las principales razones de la desestalinización, la cual recuerda vivamente la ceremonia judía del macho cabrío propiciatorio. Como se recordará, los judíos eligen a un animal, cargado con todos los pecados de Israel, y luego lo arrojan al desierto, para que allí se muera de hambre y de sed. En Rusia le imputaron a Stalin todos los errores pasados, lo ejecutan después de su muerte y proclaman *urbi et orbi* que las culpas cometidas no eran del partido, sino de un Stalin alzado en rebelión contra la doctrina fundamental. En otras palabras: al matar a un muerto se quiere devolver al partido su virginidad, esperando combinar el dogma de la infalibilidad comunista con la necesidad práctica de transformar la política de arriba abajo.

Toda esta operación de gran estilo iba principalmente dirigida a impresionar, por una parte, a los camaradas, y, por otra, a la opinión pública del mundo libre. La difusión de los más violentos

ataques contra el difunto Stalin se redujo—y aquí está lo significativo—a las revistas doctrinales, que sólo leen los funcionarios del partido. Está bien claro que el Kremlin quiere mantener la lealtad de la jerarquía, sembrar la confusión en Occidente y hacer tragar las obras a la gran masa rusa, a la que considera lo suficientemente embrutecida para aceptar cualquier plato que le ofrezcan.

Verdad es que, en mayor o menor grado, esta técnica había tenido éxito hasta ahora. En una variada y amplia gama de cuestiones, la U. R. S. S. había sido capaz de hablar, fuera de sus fronteras, un lenguaje total y radicalmente diferente del que utilizaba en el interior. Pero esta vez se trata de una operación mucho más importante que los anteriores culebreos de la política del Kremlin.

Casi podríamos decir que la propaganda es, en el terreno político, lo que la guerra bacteriológica en el terreno militar. Se hace la propaganda con la finalidad de infectar el intelecto del adversario. Pero con la guerra bacteriológica ocurre que, si bien es gravemente destructora, también es un arma de dos filos. Si hasta ahora se ha vacilado tanto en continuar incluso haciendo investigaciones en este campo, ello se debe a que resulta relativamente fácil dar suelta a los agentes patógenos sobre territorio enemigo; pero una vez puestos éstos en libertad, ya no hay medio de controlar su movimiento. Así, pues, existe la seria posibilidad de que un día estos vehículos de enfermedades vuelen en la dirección no deseada y lleguen a infectar incluso a los mismos que los han puesto en circulación. Del mismo modo, en el terreno de las campañas propagandísticas no se puede, en rigor, separar la propaganda exterior de la que se realiza en el interior. Tal separación es posible en las cuestiones de menor cuantía; pero cuando se trata de un asunto tan fundamental como la desestalinización y el cambio de táctica del Kremlin, es casi seguro que se dejarán sentir sus efectos por más precauciones que se adopten.

Y es aquí cabalmente donde encontramos el más sorprendente parecido entre la fase actual de la propaganda y la guerra bacteriológica. En efecto, las naciones del mundo libre están expuestas a la acción de todas las propagandas posibles e imaginables. El aire que respiramos está hirviendo, literalmente, de bacterias. A la larga, acabamos por habituarnos a esta atmósfera. Y cabe afirmar que, en grandísima medida, los pueblos occidentales están inmunizados contra su veneno. Después de haber visto tantas cosas y oído tantas opiniones contradictorias, se va uno volviendo escéptico y adquiriendo la tendencia a formarse criterio propio. Por otra parte, dispone uno de medios para formarse este juicio propio.

Muy otra es la situación dentro del mundo comunista. Allí hay un punto de vista lícito: el del Gobierno. No se admiten más periódicos que los rigurosamente ortodoxos. La audición de radios extranjeras es allí una afición peligrosa. Y es preferible frenar la lengua si uno no quiere entrar en un contacto demasiado directo con la Policía secreta. Allí hay propaganda, sí; mucha propaganda; pero ésta marcha en un solo sentido. De aquí resulta que el mundo soviético se encuentra recluído dentro de un recipiente cerrado, inmerso en una atmósfera esterilizada. El cometido del Estado es impedir que se difunta una propaganda contraria a la ideología oficial. En otras palabras: se matan, por todos los medios al alcance de las autoridades, aquellos microbios de la propaganda que pudieran contaminar la atmósfera químicamente pura del comunismo.

Sabido es que aquellas personas que se han mantenido alejadas de todo contagio posible se infectan con mucha más facilidad que las que llevan una vida normal. Para aquéllas, los microbios resultan infinitamente más peligrosos. Además, las bacterias se difunden más fácilmente en una región que había estado hasta entonces esterilizada. Por eso, toda campaña disconforme, aun lanzada a pequeñísimas dosis, producirá en el Este un efecto infinitamente mayor que las campañas en masa que se realizan en el mundo libre.

Esto es lo que ha sucedido, a nuestro juicio. Una minúscula partecita de la propaganda soviética destinada al extranjero ha caído en suelo comunista, y está haciendo ya estragos. Creemos que ésta es la causa de ciertos hechos ocurridos detrás del telón de acero, y también del creciente histerismo de los gobiernos comunistas, que, desde el 30 de junio, han venido amontonando error tras error. Porque los comunicados amenazadores publicados por los Gobiernos de Pankov, Budapest y Praga nos parecen errores monumentales: el que gobierna con régimen totalitario no admite jamás su fracaso, a no ser que... se vea forzado a hacerlo, como le ha ocurrido al Gobierno de Varsovia.

Vista la fase actual dentro de esta perspectiva, podemos decir que, aunque es indudable que la ofensiva de propaganda soviética ha aflojado los lados de las alianzas occidentales y ha inducido, sobre todo, a los islandeses a cometer la enorme torpeza en que acaban de incurrir respecto de la base de Keflavik, no es menos cierto que, vistos desde el ángulo de un futuro próximo, sus efectos destructores han ido en la dirección no deseada. Hoy existe un malestar muy serio detrás del telón de acero. Este malestar se ex-

tiende hasta los medios comunistas, dando a la población esa sensación de debilitamiento del régimen, que indujo a las masas a lanzarse al asalto en Posen. Vemos, pues, que el efecto de esta propaganda ha sido doble: la confusión en los círculos dirigentes y el aliento dado a las fuerzas de la resistencia. En cuanto a esto no tenemos necesidad de creer—como quiere hacernos creer el régimen de Varsovia—en la existencia de vastas conspiraciones y organizaciones subterráneas. Estas ni existen ni pueden existir en en un régimen policíaco tan perfecto como el de los comunistas. Por otra parte, no se necesita tampoco una resistencia organizada, ya que si—como ocurre en los países "satélites"—el 90 por 100 de la población se encuentra en el campo de la oposición, ésta siempre aprovecha toda ocasión de lanzarse a la acción, aun en el caso de que no existan planes premeditados. Los Estados Mayores nacen, en cierto modo, por sí mismos.

Pero, si bien admitimos la existencia de un malestar terriblemente grave detrás del telón de acero, no pretendemos en modo alguno exagerar su importancia, y menos suscitar esperanzas injustificadas. Afirmamos, sí, que el régimen comunista está gravemente enfermo; pero, desgraciadamente, estamos muy lejos de poder decir que está moribundo. Sus perspectivas de curación son, en estos momentos, muy superiores a las de su muerte, especialmente si—como parece ser—los adversarios del bolchevismo se niegan a explotar la debilidad del enemigo para descargar golpes que pudieran provocar su derrumbamiento.

* * *

Si analizamos serena e imparcialmente la situación actual, llegamos a conclusiones verdaderamente interesantes. Puede afirmarse que el mundo comunista está hoy en una situación de debilidad muy acusada. Pero, por otra parte, también el mundo libre está perdiendo velocidad tanto en el extremo norte del Atlántico como en el Oriente Medio.

Existe, sin embargo, una diferencia entre estos dos mundos. Tenemos motivos para creer que el comunismo—salvo que se opere un cambio en la política occidental—está alcanzando o a punto de alcanzar el punto culminante de su crisis. En cambio, en el mundo libre la evolución va mucho más lenta. Todavía estamos en los comienzos de un desarrollo de los acontecimientos, que se irá acelerando al ritmo de los esfuerzos en pro de la coexistencia pacífica.

De todo esto podemos inferir que, si en estos momentos nuestras perspectivas nos parecen alentadoras, el tiempo no parece trabajar en nuestro favor. La verdad es que, si la situación continúa evolucionando de un modo natural, nos hallaremos en nuestro punto más débil en el preciso momento en que Rusia haya recobrado sus fuerzas. Hablando en otros términos: en un futuro todavía difícil de predecir, la situación será totalmente inversa a la que existe en estos momentos, como consecuencia de la aplicación y perfeccionamiento de una nueva táctica leninista; los crujidos de ruina que hoy oímos en el Este no procederán ya del bloque comunista, sino de aquellos países occidentales en los que directa o indirectamente llegue a cristalizar el "Frente Popular".

Al mirar las cosas desde este ángulo creemos tocar el fondo mismo del pensamiento soviético. Lo que en este momento está haciendo la U. R. S. S. es lanzarse a una aventura calculada, que forma parte de un plan más vasto. El Kremlin especula con la idea de que su debilitamiento temporal no será aprovechado y explotado por el Occidente. Y fía sus esperanzas en el hecho de que la crisis de la N. A. T. O. y del Pacto del Atlántico—que se producirá probablemente si se prolonga la actual situación—trastrocará mañana las respectivas posiciones, dando al Kremlin la ansiada oportunidad de lanzarse a la acción directa.

Si aceptamos como válido este análisis—cosa que nos parece muy lógica—no abrigamos la menor duda ya respecto al rumbo que debería tomar la política occidental. Este rumbo debería ser completamente opuesto a la política que parecen preconizar nuestros habituales agoreros políticos, quienes en la radio, en la prensa, en los Parlamentos o en los Congresos de los partidos nos están invitando a jugar a la coexistencia y a desaprovechar la ventaja temporal que tenemos a nuestro favor. Por cierto que un ministro de Asuntos Exteriores de un país occidental ha llevado esta idea hasta el extremo de invitarnos a dejar a los soviéticos el respiro que tanto ansian. Su razonamiento se basa en la teoría de que el régimen comunista está tan malherido que, si se le da tiempo, se apoderará de él la gangrena, y así la manzana caerá madura en nuestras manos. Este buen señor parece no saber lo que son los regímenes totalitarios. La armazón de éstos puede verse sacudida por enfermedades y crisis; pero ellos no caen por efecto de fuerzas internas: sólo una política enérgica lanzada desde el exterior es capaz de ponerlos en grave peligro de derrumbamiento.

Para nosotros, lo lógico sería, por tanto, aprovecharnos de nuestra ventaja momentánea. Percatándose bien de que si permanece-

mos en la inacción estamos expuestos a amanecer cualquier día en una situación peligrosísima, el mundo libre debiera explotar ahora a fondo las dificultades en que se encuentra el bloque bolchevique. En el terreno político y económico debiéramos asestar al adversario, momentáneamente vacilante, el golpe que lo dejara fuera de combate. Y es que no es la coexistencia lo que nos permitirá ganar la paz. Esta sólo la conseguiremos eliminando de verdad el peligro y cortando de raíz los designios de revolución mundial.

En este aspecto, el mundo libre haría bien en no dar oídos a las soflamas de nuestros políticos pretendidos "expertos", que, desde hace años, se vienen caracterizando por su ceguera y su obstinada manía de equivocarse cada vez que abren la boca. Más bien necesitaríamos prestar oídos a la voz del único estadista que posee la N. A. T. O., la del canciller Adenauer. El Jefe del Estado alemán—que en las grandes cuestiones siempre está de acuerdo con el Generalísimo Franco—, al llegar a Campino (Roma), el día 1 de julio, declaró, una vez más, que, frente al bloque soviético, sólo es admisible una política de fuerza y energía. Vemos, pues, que el gran anciano de Colonia ha tenido, una vez más, la valentía de decir lo que es impopular, pero que es la verdad. Esperemos que, al fin, se escuchará su voz.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

## UN VOCABULARIO "AUDIOVISUAL"

Causa profunda sorpresa para los que a diario trabajamos en materia de relación cultural y educativa el casi total abandono del bautismo en lengua castellana de las palabras técnicas, de los nombres de cosas, instrumentos o medios, que son cuerpo de tales actuaciones. ¿Qué podrá hacer el técnico, el especialista aislado, ante el aluvión de términos de raíz sajona, gala o de otras procedencias, que se le entran por todas las rendijas de los procesos, de las máquinas, de los elementos manejados a diario? ¿Deberá aceptar, sin más, el vocablo exterior, fomentar su difusión, contribuyendo con su esfuerzo aislado a la dispersión del idioma castellano? ¿Deberá, caprichosamente, individualmente, siguiendo los dictados de su capricho, de su comodidad, de su exclusiva forma-